

—En efecto, el primer establecimiento colonial en este país fué fundado por Iberville en 1698.

—Perdonad; he oído hablar ántes de La Salle.

—Su expedición no tuvo éxito: naufragó en el Golfo de México. El jefe, despues de haber escapado con algunos de los suyos, fué asesinado por ellos, á causa de supuestos agravios.

—¡Es todo un drama!

—Mas despues, bajo el gobierno de Bienville, la colonia comenzó á prosperar. En 1718 fué descubierto el lugar donde hoy existe Nueva-Orleans, aunque la ciudad no llegó verdaderamente á fundarse sino cuatro años despues. En 1733 una partida de emigrantes alemanes, que bajaban el rio, fué detenida por concesiones de terrenos en las orillas, siendo este el principio del elemento germánico en la poblacion. Los padres Jesuitas llegaron en 1727.....

—Siendo á su vez expulsados en 1763 por decreto de Clemente XIII.

—Sí, pero entonces tenían ya un millon ochocientos mil pesos, en cuya suma fueron vendidas sus propiedades.

—Siguió despues la dominacion española.

—Exactamente. La Luisiana fué cedida á España en 1769 y su primer gobernador fué el general Alejandro O'Reilly.

—¿En ese mismo año apareció por primera vez la fiebre amarilla?

—Fué importada en un buque inglés que venia de Africa con esclavos.

—La Luisiana fué por último devuelta á Francia en 1801

—Pero solo la conservó Napoleon dos años para venderla á los Estados-Unidos en diez y seis millones de pesos.

—¡Ruinoso negocio!

—La Luisiana no producía entónces sino 300 libras de añil, 20,000 balas de algodón y 5,000 barricas de azúcar.

—¡Buena diferencia con lo que es hoy!

En aquel momento fué hora de tomar el tren y la conversacion quedó interrumpida.

## CAPITULO X.

### DE MORGAN CITY A NUEVA-ORLEANS.

Bien habia yo dicho que Napoleon hizo un mal negocio al vender la Luisiana á los americanos en diez y seis millones de pesos. Esas tierras vírgenes cubiertas de cipreses, esas anchas cintas de agua, esa atmósfera pura, esa vegetacion espléndida, no pueden ser apreciadas en dinero. La locomotora nos conduce al traves de compactos bosques semi-inundados, en los que los árboles reflejan en las aguas su imágen y los cocodrilos vienen á dormir sobre los troncos caidos; selvas impenetrables donde el hacha ha efectuado algunas aberturas, bien para formar campos de caña, bien para tender en todas direcciones rieles. Pequeñas barracas indican las habitaciones

de los negros; casas de madera los *bar rooms* y restaurants del camino; grandes construcciones de piedra con chimeneas que constantemente despiden humo, los edificios destinados á la elaboracion de la azúcar. Y más allá sigue la interminable valla de cipreses, como si aquella tierra, de respiracion titánica, no supiese sino producir troncos monstruosos.

Tal es el camino de Morgan City á Nueva-Orleans. Ochenta millas que se recorren en cuatro horas. El vapor en ese trayecto no tiene la velocidad que en los *express* europeos. Se arrastra con cautela sobre durmientes no siempre fijos, permitiendo al viajero contemplar á toda su satisfaccion la hermosura del paisaje.

A las ocho de la noche llegamos á Algiers, un barrio de Nueva-Orleans. Solamente el Mississippi nos separaba de la poblacion. Luces eléctricas colocadas del otro lado del rio, dejaban caer sus rayos sobre la superficie de las aguas, y aquellas ondas, de brillante seno, eran rasgadas por la quilla de las embarcaciones, rizándolas suavemente el viento y la corriente que desde una larga distancia venian empujándolas.

El vapor de rio se acercó á la orilla en que estábamos. Colocóse en el centro el wagon de correo y equipajes por rieles establecidos allí con ese fin; los pasajeros ocupamos los departamentos laterales: la rueda del barco comenzó á moverse, y nos deslizamos tranquilamente dejando á nuestra espalda un camino real de burbujas plateadas y teniendo á nuestro frente las iluminaciones de la ciudad.

Rodriguez habia puesto de Morgan City un telégra-

ma para que dos amigos suyos nos tomasen una habitacion. Nos los encontramos al desembarcar, con un carruaje listo para conducirnos. Llamábanse Luis Muñoz y Raoul Delavigne. Fui presentado á ellos. Subimos al coche.

—¡Qué ancho es el Mississippi! se me ocurrió decir.

—El Mississippi, replicó Muñoz, en quien creí reconocer cierto acento andaluz, es tan ancho como el mar.

—¡Como el mar!

—Sí, como el mar que pudiera caber entre Nueva-Orleans y Algiers, agregó sonriéndose Rodrigue.

Se promovió despues conversacion sobre las mujeres hermosas.

—Las de aquí son inmejorables, expresó Delavigne.

—¿Y son fáciles las conquistas? se aventuró á preguntar Rodrigue.

—Yo he hecho en un dia más de diez. Estoy aburrido.

A ser cierto lo dicho, era envidiable la suerte de nuestro interlocutor.

Atravesamos calles y más calles. Mas aunque intenté formarme una idea de la poblacion, no pude verificarlo. Cuando se penetra por primera vez á un lugar, es como cuando se empieza á aprender un idioma. Así como en este último caso la diversidad de voces que nunca se han oido hace que se mezclen unas con otras y que solo se escuche un ruido confuso, cual si una rueda se moviera en la oreja, así en el primero, lo que se ha visto tiende á sobreponerse, y casas, calles, carruajes y edificios públicos, no forman en la imaginacion sino un todo equívoco y confuso.

Al fin llegamos á nuestra morada, donde tuvimos todo lo que puede necesitar un viajero. Deseamos ir á hacer conocimiento con los restaurants; mas nuestros vestidos empolvados no nos permitieron dirigirnos á los de primera clase, y nos vimos obligados á ocurrir á uno donde poco bueno nos dieron, mas en cambio nos hicieron esperar mucho. La noche la pasamos recorriendo la ciudad; pero á la verdad estábamos fatigados y ambicionábamos el descanso. Volvimos á la habitacion, acompañados de nuestros amigos, y mientras yo, entre sábanas, comenzaba á tomar el sueño, Muñoz referia á Rodriguez la historia de un andaluz que se confesaba.

—¿Cuántos Dioses hay? le decia el sacerdote.

--Creo que habrá veinte.

—¡Tonto! no hay más que uno.

El penitente prorumpió en sollozos á causa del estado á que la familia habia quedado reducida.

## CAPITULO XI.

### LA BOLSA DE ALGODON.

Nueva-Orleans, una de las ciudades más importantes de los Estados-Unidos, es sin duda la primera del país, y aun puede decirse del mundo, para el comercio del algodón. Estamos en la Bolsa, lugar donde un comerciante amigo acaba de introducirnos, y nos asombramos ante el número de datos que hay allí reunidos sobre el im-

portante artículo de que aquel gran edificio es el principal mercado. Mapas con toda la zona algodonera de los Estados-Unidos: en Mobila hay buen tiempo; en Atlanta el dia está nublado; en San Luis llueve: en Chattanooga el viento sopla fuerte con tal ó cual direccion. Todo esto se sabe allí, casi momento por momento, con señales sobre la carta, que se cambian ó continúan segun los diversos telégramas continuamente recibidos. Y hay que notar que esos datos son muy interesantes, sobre todo en la época de la cosecha, cuyo producto puede alterar la variacion del tiempo.

¿Y esos grandes pizarrones que se distinguen en las paredes? Uno de ellos marca la cantidad de algodón existente en el país. Más allá están las cosechas de la India y del Egipto. Tal número de balas es el total que hay en el mundo. El precio varía. Esa mañana el mercado se habia abierto alto y en pocas horas habia bajado cincuenta puntos [50 diezmilésimos de dollar]. Cinco casas de comercio habian quebrado, y una anunciaba en aquellos momentos que no podia cubrir su déficit. Pánico en la Bolsa. Pero se tenia fé en el alza futura del artículo, y mientras el algodón entregable en el acto (Febrero) se realizaba á  $11\frac{11}{100}$ , tenia un precio de  $11\frac{71}{100}$  el entregable en Agosto y Setiembre.

El individuo que nos habia presentado conversaba con Rodriguez sobre algunos detalles interesantes.

—Puede asegurarse, le decia, que este establecimiento ha sido uno de los de mejor éxito en su género. Inaugurado con el propósito de reunir los elementos diseminados del comercio del algodón, así como para hacer efec-

tivas las reglas que fueren necesarias para la proteccion de todos los que especulan con esta mercancía, se halla bajo la administracion de personas capaces y cuenta con la cordial cooperacion de todos los que se interesan en el comercio de buena fé.

—¿Y es mucho el número de socios?

—Se comenzó en 1871 con una lista de cien miembros que despues ha subido á trescientos. A cien pesos por año cada uno, reunen treinta mil pesos gastados en la conservacion del establecimiento.

—Se tienen, pues, por cien pesos, informes por valor de treinta mil.

—Esas son las ventajas de la asociacion.

Mas mientras mis compañeros continúan hablando, yo admiro la fiebre de negocios que hay en aquella Bolsa. La *sacra aurvi fames* del buen Horacio produce allí su efecto. Todo es movimiento y agitacion. En verdad es esto preferible á la inercia nuestra; á esos ricos de México que esperan tranquilos que algun necesitado venga á hipotecarles su casa ó su hacienda. Y aun los que son activos entre nosotros solo sirven para explotar la nacion. Allí sí encuentran el génio que les falta para otras empresas.

## CAPITULO XII.

### LA CALLE DEL CANAL.

La calle del Canal es la principal arteria de Nueva-Orleans. Su anchura es próximamente de sesenta varas: su longitud de algunos kilómetros. Al acercarse la vía á su término; al recibir las corrientes de las calles Bourbon, Carondelet, Royal, Saint Charles, Chartres, Camp y otras varias, los establecimientos mercantiles se multiplican, las casas ofrecen aspectos monumentales y una multitud, que á cada instante se renueva, inunda las largas galerías que en varios parajes cubren las aceras en aquella grande avenida.

Para el extranjero que llega por primera vez á la ciudad, la calle del Canal viene á ser un ameno caleidoscopio. Por una parte, telas de variados colores, alhajas de todas formas, objetos de porcelana y de cristal brillante, cintas, sombreros, abanicos, encajes..... atrayendo las miradas desde sus cárceles de cristal, y cubiertos en la noche con esa palidez intensa que los focos de luz eléctrica esparcen sobre ellos.

Más allá puestos de frutas donde parece que Pomona preside. Rubíes de ciruelas y de cerezas; manzanas con piel suave y sonrosada, cual el fino cútis de una mujer hermosa; peras, duraznos, albaricoques, naranjas y esas liliputienses entre los limones, las limas; fresas que se derriten al toque de la lengua é higos frescos semejando

pequeñas bolsas de cuero negro llenas de semilla y almíbar. Se tiene que hacer alto, aunque no se tenga hambre, porque se ha llegado á saber que la mayor belleza no está siempre en la flor. Se extraña la ausencia de nuestras frutas del trópico, y se pregunta uno por qué estando tan cerca no vienen á competir en hermosura con sus hermanas y á superarlas en lo agradable.

Ese país es el paraíso de los limpiabotas. A cada instante se distinguen esos artistas sobre cuero colocados á lo largo de las aceras, provistos de sillas cómodas y de descansa piés, y armados con cepillos y betun para hacer del calzado un espejo.

El medio de la calle está recorrido constantemente por carruajes y ferrocarriles. Los faetones, semejantes á cunas movedizas, alternan con los coches de peso. El suelo se halla emparrillado con rastros. Un negro ha recibido sobre un eje con ruedas, un gran sombrero alto de hoja de lata y, colocándose sobre la parte superior, hace correr al caballo, anunciando el establecimiento á que todo aquello pertenece. El General Button, vestido en traje de gala, expende botones de un género especial, cuyo mecanismo explica detalladamente. Un confeccionador de *muffins* aprovecha los momentos de mayor concurrencia para subirse sobre un carro y venir á realizar su mercancía en medio de la calle. Por todas partes se ven esos vendedores ambulantes; ya es un apache, ya otro que lleva un molino movido por perros; ya, en fin, un tercero que habla mucho y hace reir, y sobre el cual no se llega á saber la utilidad que aquello puede producirle.

¡La estatua de Henry Clay! ¡Bella obra de bronce!

Fué inaugurada en 1856. En la base de ella tuvo lugar, el 14 de Setiembre de 1874, una manifestacion popular enérgica.

Dirigiendo la vista por la calle de San Carlos, se distingue el magnífico hotel del mismo nombre. Al acercarse á la calle Camp, la hermosa Plaza Lafayette aparece á lo lejos: allí está la estatua de Franklin y el Palacio Municipal de columnas majestuosas. Por la esquina de la calle Magazine se ve el Hotel "Saint James" y despues, dando la vuelta y subiéndolo otra vez la calle, se encuentra la "Iglesia de Cristo," construccion de ladrillo estucado y pintado imitando piedra, y un teatro, el principal de la ciudad.

Las señoras es el producto más maravilloso de aquella tierra. Se comprende á los partidarios de la poligamia. ¡Los poetas y pintores, escultores y músicos, podrian levantar un Panteon á las artes y á las musas, con la seguridad de que no habian de faltarles fuentes de inspiracion!

Los hombres corren todos á sus negocios. No se hallan esos *jóvenes elegantes*, tan conocidos entre nosotros bajo diversas denominaciones, que solo se ocupan en estar expuestos al sol en las calles principales dirigiendo á las señoras que pasan galanterías de mal gusto. Esa raza de *fainéants* es, por fortuna para los americanos, desconocida entre ellos. Se diria que absorbian sin provecho la electricidad positiva de la nacion. Se les desterraria como perniciosos.

Alguna gente de color se advierte en la calle reunida con la blanca. Los recuerdos de la guerra concluida en

65 vienen naturalmente al espíritu. Antes de ella, el Sur de los Estados-Unidos, teniendo por una parte la riqueza altanera y por otra la miseria injuriada, debe haber semejado una inmensa botella de Leyde con fluidos amontonados de cualidades opuestas! ¡El dedo de un niño podía ponerlos en contacto! Lo que los negros habían de hacer, lo efectuaron los hombres del Norte: mas desgraciadamente ¡siempre fueron necesarios lagos de sangre!

### CAPITULO XIII.

#### UN CONVITE.—GRUNEWALD HALL.

Todos los que han estado en un puerto han comido á bordo de un buque. Así nada nuevo cuento al decir que un capitán de marina española me invitó á comer en su barco, y que yo acepté como debía una proposición tan atenta.

La comida se pasó en la conversación general en estos casos, los viajes. Después subimos sobre cubierta á contemplar el Mississippi.

Este gran río es una ancha cinta de agua, uno de cuyos lados está en Nueva-Orleans cubierto de mástiles de toda clase, y el otro de chimeneas de vapores. Como vía comercial es sin duda de las más concurridas y contribuye tanto al movimiento de los Estados-Unidos como pueden hacerlo sus múltiples caminos de hierro. Del lugar donde nos encontrábamos el río

recorre 120 millas para llegar al Golfo de México, viniendo desde el Lago de Itasca ó Labiche, á los 47° 10' latitud Norte, y recogiendo en su curso la mayor parte de las aguas orientales y occidentales del territorio americano.

Eliseo Reclus es uno de los que mejor han caracterizado esta inmensa corriente. "Es, ha dicho, el tipo más sencillo de todos los grandes ríos. Su origen no lo toma en los ventisqueros de alguna alta cadena de montañas, como la mayor parte de los cursos de agua de Europa ó Asia; no riega como el Eufrates, el Nilo ó el Rhin, campos que los acontecimientos hayan repetidas veces hecho célebres; no debe mucho á la historia ó á la fábula; no depende más que de él mismo. Su importancia la toma de la influencia que ha tenido en el desarrollo de las comarcas que recorre; porque en efecto, entre la red hidrográfica de un río y la historia de un país existe siempre la relación íntima que puede haber entre el sistema sanguíneo de un animal y sus costumbres."

El capitán del buque español me invitó á un concierto que se daba en Grunewald Hall. Cruzamos varias calles, llegando por fin al edificio. Una espaciosa escalera de fácil ascenso nos condujo al vestíbulo y al salón principal. Es este de extensas proporciones: cien pies de largo por cincuenta y cuatro de ancho. Soberbios frescos y retratos de los principales músicos del mundo cubren las paredes. Hay allí capacidad para mil personas y las condiciones acústicas son inmejorables.

Varias composiciones de Beethoven y de Gottschalk se ejecutaron en el piano. Oímos cantar la cavatina de

«Lucía» y una aria de «Favorita.» Cuando las notas que acostumbrábamos amar en los días de infancia vuelven á encontrar nuestro oído, se despiertan pensamientos que habian huido ha largo tiempo y las primeras sonrisas se asoman otra vez á nuestros labios.

Un poeta ha comparado el canto escuchado en días felices al viento que ha recorrido los lechos perfumados de flores orientales. Se aspira siempre lleno de bálsamo, aunque las flores hace tiempo hayan muerto. Así aun cuando los sueños felices hayan pasado, el acento de la música los hace revivir en la memoria!

Uno de los concurrentes nos dió algunos detalles sobre el lugar donde estábamos.

Este edificio, nos dijo, fué fundado en 1873 por Mr. Grunewald.

—¿Quién es Mr. Grunewald? pregunté.

—Un alemán venido á Nueva-Orleans en 1852, dedicado al expendio de pianos y de otros instrumentos músicos de viento y cuerda.

—¿Nos encontramos, pues, en un emporio de flautas y de guitarras?

—Y de acordeones y órganos, de clarinetes y aún de tambores. Pero todo esto no se halla sino en el piso bajo. Allí puede vd. encontrar los famosos pianos de Steinway y de Pleyel y un gran surtido de libros y de pliegos con composiciones músicas de toda clase.

—Es este un verdadero templo de Euterpe.

—Y algunas veces tambien de Terpsícore. Se dan aquí bailes: en aquella galería alta se coloca la orquesta y en ese salón adyacente se sirve la cena.

Realmente aquel local presentaba comodidades. Daban ganas de visitarlo detenidamente. Mas era ya tarde y la fiesta habia concluido. Nos retiramos, por lo mismo, tomando precauciones para no encontrarnos en la puerta con un instrumento músico de nueva especie: el llamado comunmente catarro.

#### CAPITULO XIV.

##### FUEGO.

Rodriguez se habia empeñado en ver Nueva-Orleans en llamas. No pensaba sino en fuego, y nada lo entusiasmaba, ni nada lo conmovia, sino la campana que lo anunciaba.

Yo presumí que su gusto no habia de tardar mucho en verse satisfecho. En efecto, esa misma noche, cuando ya comenzaba á dormirme teniendo aún en la cabeza los pianos de Mr. Grunewald, él saltó de la cama precipitadamente.

—Es fuego, me dijo, fuego, aquí cerca. Y sin poderse contener más, tomó sus botines, sus pantalones y su saco, abrió la puerta y se lanzó á la calle como un loco.

A los pocos momentos volvió, para que yo lo acompañase. No era egoísta y no queria gozar solo de un espectáculo tan hermoso.

Salimos, y á los primeros pasos descubrimos una gran claridad sobre el horizonte. Parecia una aurora boreal.